

AMERICA LATINA EN LA HISTORIA UNIVERSAL

“La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias”. Así escribió en 1552 Francisco López de Gomara en la dedicatoria a Carlos V de su *Historia General de las Indias*¹. Unos 200 años después Adam Smith, en su clásica obra *Wealth of Nations*², repetía el mismo juicio: “El descubrimiento de América y el del paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza son los mayores y más importantes sucesos que recuerda la historia de la humanidad”.

A estos juicios elogiosos se oponen, por otra parte, comentarios fuertemente negativos. Buffon afirmó que las condiciones hostiles de la naturaleza en América eran causa de que las especies animales no se hubiesen desarrollado con el mismo vigor que en el Viejo Mundo y que los hombres fuesen débiles y pequeños: “el salvaje... no tiene pelo ni barba y ningún ardor para con su hembra”³. Voltaire repitió el juicio de Buffon y, con su habitual ironía, se mofaba de los animales y los habitantes de América: ahí los hombres carecían de barba y los leones carecían de melena. América se caracterizaba por una manifiesta inferioridad⁴. Cornelius de Pauw opinó que el descubrimiento del Nuevo Mundo era el acontecimiento más calamitoso en la historia de la humanidad y calificó a los salvajes de América de degenerados: “unas bestias que odian las leyes de la sociedad y los frenos de la educación”⁵. Y Hegel afirmaba que América era un continente inmaduro e impotente, sumido aún en la mera naturaleza ahistórica. Allí

¹ López de Gomara, Francisco, *Historia General de las Indias*, Zaragoza 1552. Hay varias ediciones. La más asequible, en Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXII, pp. 155-455.

² Smith, Adam, *Inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, Londres, 1776.

³ Cit. por Gerbi, Antonello, *La disputa del nuevo mundo: historia de una polémica 1750-1900*, F.C.E., México, 1960, p. 3.

⁴ *Ibid.*, pp. 40 y ss.

⁵ *Ibid.*, p. 50.

aún no se había asomado el espíritu y, por tanto, América carecía de todo interés para el historiador o el filósofo⁶.

La polémica en torno de la naturaleza específica de América y de su significado para el mundo se inició en el momento mismo de su descubrimiento. Desde un comienzo el debate se desarrolló en medio de confusiones y errores. Colón nunca tomó conciencia de la identidad de las tierras que había descubierto. El nuevo continente recibió su nombre de quien no había sido su descubridor. Río de Janeiro resultó no un río, sino una entrada de mar. El mar Pacífico fue todo menos que pacífico. Los descubridores poblaron el Nuevo Mundo de seres fabulosos como las amazonas y los patagones. Las leyendas de El Dorado y la Ciudad de los Césares dieron origen a fantásticas ilusiones y esperanzas que jamás se cumplieron.

Los europeos se sintieron perplejos frente a la realidad desconocida. Se requeriría de mucho tiempo y de grandes esfuerzos para correr el velo que cubría los misterios del Nuevo Mundo y conocer su verdadera naturaleza. Y así como hubo ignorancia y asombro sobre la naturaleza propia de América, también hubo confusión y violenta polémica en torno del significado que el descubrimiento de América ha tenido para el resto del mundo y para la historia universal.

Hay quienes afirman que España, lejos de beneficiarse con la conquista, vio diezmada su población y arruinada su economía. Los tesoros de Indias habrían permitido a España mantener en forma artificial su condición de gran potencia hasta que la lucha por la supremacía en Europa habría agotado sus fuerzas. España, a raíz de la Conquista, habría prolongado formas de existencias feudales que, en el fondo, ya estaban superadas en el siglo XVI.

España se habría convertido en un anacronismo en Europa, hasta que finalmente habría caído en una profunda crisis. Hay quienes destacan que América habría transmitido a Europa el tabaco y la sífilis, causas de intoxicación, de terrible dolor y de trágica muerte. Hay quienes señalan que las exigencias de la economía americana habrían llevado a los europeos a arrancar de sus países a los negros africanos y a reducirlos a la más inhumana esclavitud.

La conquista de América no habría aportado ningún bien a Europa y habría producido la desgracia para los pueblos africanos.

A ello agregan los críticos más severos que en tiempos posteriores

⁶ *Ibid.*, pp. 385 y ss.

América latina tampoco habría hecho aportes significativos a la cultura universal. No hace mucho Papini afirmó que las contribuciones de América española al patrimonio cultural de la humanidad habrían sido nulas.

Por encima de los errores y las confusiones, por encima de los juicios condenatorios y de las afirmaciones retóricas, ¿es posible formular algunas afirmaciones de valor objetivo sobre el papel de América Latina en la historia universal?

Para intentar una primera respuesta conviene situar el descubrimiento en el contexto histórico del momento y analizar las alternativas que se presentaban en ese tiempo para definir las relaciones entre América y el resto del mundo.

Toynbee, en uno de sus ingeniosos ensayos⁷, plantea la pregunta de cuál, entre las civilizaciones existentes entonces, habría tenido, según la opinión de los contemporáneos, las mejores y mayores posibilidades para emprender el descubrimiento y la conquista de América. Un hipotético viajero que entonces hubiera recorrido el mundo, ¿a cuál de las potencias existentes en ese momento habría considerado más apta para extender su dominio sobre el planeta?

Habría quedado profundamente impresionado por el poder y la magnificencia del sultán turco, recién instalado en Bizancio. El sultán era en aquellos días el soberano más rico de Europa y sus rentas sumaban el doble de las que un Carlos V tendría a su disposición. Más hacia el este, Baber, descendiente de Tamerlán y Gengis Kan, se aprestaba para invadir la India donde fundaría el Imperio del Gran Mogol, una de las grandes construcciones de la historia. En el Extremo Oriente se extendía el poderoso Imperio chino, fuerte por su riqueza, su vieja cultura, su eficiente organización y su abundante población. Contaba entonces con unos 50 millones de habitantes, mientras que España tenía quizás apenas ocho millones. Al este de la China se extendía el gran imperio insular del Mikado japonés. En la lejana y desconocida región nororiental de Europa, el gran príncipe de Moscú, Iván III, lograba en aquel tiempo establecer su dominio sobre los boyardos y los príncipes vecinos, creando las bases del imperio ruso.

Entre estas civilizaciones existían profundas diferencias. Sin embargo, todas ellas tenían algo en común: cada una de ellas abrigaba aspiraciones imperiales, cada una se sentía centro del mundo: el sultán

⁷ Toynbee, A., *Civilization on Trial*, The Oxford University Press, Londres y Nueva York, 1948.

turco, sucesor del profeta, se sentía llamado a someter el mundo a Alá. Baber se hizo proclamar Gran Mogol, Emperador del Indostán. El emperador del Celeste Imperio se sentía el Hijo del Cielo y estaba convencido de que su imperio, el "Imperio del Medio", constituía el centro del mundo. Convicciones análogas guiaban al Mikado japonés. Iván III, quien se casó con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador bizantino, se sintió sucesor y heredero de los césares romanos. La "Santa Rusia" había sido elegida por Dios para imponer el reino de Dios en la tierra. Moscú, la Tercera Roma, sería la última y única capital del mundo.

El hipotético viajero de entonces seguramente habría calificado las pretensiones del zar moscovita y del Mikado de pretensiones ridículas. En cambio habría tenido grandes dificultades para decidir a quién le correspondería el cetro del mundo: al Sultán, al Gran Mogol o al Hijo del Cielo. Pero seguramente se habría declarado a favor de alguno de estos tres; en cambio, en ningún momento se le habría pasado por la mente que ninguno de estos tres grandes potentados, sino que los reyes de dos reinos periféricos europeos, los dos reinos de la península ibérica, poco poblados y de escaso poder económico, serían los afortunados que extenderían su dominio sobre los dos hemisferios del planeta.

Sin embargo, el hecho histórico es que fueron estos dos pueblos, España y Portugal, los que iniciaron la expansión hacia ultramar y que tomaron posesión del continente que hasta entonces había yacido aislado en la inmensidad de los océanos. Por obra de los navegantes y conquistadores iberos, América quedó incorporada al Occidente europeo.

Antes de 1492 las posibilidades estaban abiertas para todos los grandes imperios existentes entonces. En teoría, cualquiera de ellos habría podido iniciar la expansión a ultramar. Si China, en vez de orientar su fuerza expansiva hacia el interior del continente asiático hubiese enviado sus juncos hacia el este; si Baber hubiese proseguido su avance más allá del Dekhán y de las islas de Polinesia; si el sultán turco, en vez de avanzar por los Balcanes hacia las fronteras de Hungría y de Austria, hubiese extendido su poder a través del océano Indico: cualquiera de ellos habría podido llegar a América y ésta habría sido o china o hindú o turca. Mas ninguno de estos imperios orientó sus fuerzas expansivas hacia ultramar. Y así fueron dos reinos relativamente pequeños de una península periférica de Europa los que llevaron a cabo la increíble empresa de cruzar los mares, de arrancar las tierras americanas de su aislamiento y de extender su dominio sobre ellas.

América quedó vinculada a Europa y no a alguna de las otras grandes civilizaciones de la historia universal.

Hasta el año 1492 existían distintas posibilidades. América podría haber seguido aislada o podría haber entrado en contacto con una civilización no europea. Con la aventura de Colón se definió el futuro de América. América quedó vinculada a Europa y ella desempeñaría su papel en la historia universal dentro del marco de la cultura de Occidente.

Esta decisión, al mismo tiempo de marcar el destino de América, tuvo importancia decisiva para Europa. Occidente creció. Occidente ya no quedó limitado a Europa, sino que extendió su dominio sobre el Atlántico y sobre las inmensas extensiones del Nuevo Mundo. Conjuntamente con establecer su dominio, Europa introdujo en América sus instituciones políticas, sus estructuras sociales y económicas y sus valores culturales y religiosos. De esta manera, Europa amplió las bases de su poder y de su riqueza e incrementó el espacio para su acción en el mundo. La conquista de América fue el paso decisivo en el largo proceso en el curso del cual Occidente asumiría la dirección del mundo.

A través de Europa, América se incorporó a la historia universal. América, el Nuevo Mundo, se transformó bajo la influencia europea, pero también América, por su parte, empezó a gravitar en el mundo europeo. El Nuevo Mundo hizo que también Europa se transformase en un mundo nuevo, distinto de lo que había sido en todos los siglos precedentes.

Al hablar de América en la historia universal cabe señalar, en primer lugar, que su presencia en la historia universal se hizo a través de Occidente. América Latina recibió el impacto europeo y ella, por su parte, contribuyó al engrandecimiento del mundo de Occidente.

El engrandecimiento del mundo de Occidente no debe ser entendido solamente en un sentido material y espacial. Tuvo también y ante todo un sentido integral y global. Uno de sus aspectos más significativos fue de orden anímico.

El descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo demostraron al hombre europeo en forma visible y convincente de que él era capaz de imponer su voluntad a la naturaleza y de convertirse en dueño del espacio.

Esta confianza en la fortaleza humana frente a la naturaleza constituía un fenómeno espiritual y síquico nuevo. El hombre medieval se había sentido aterrorizado por la naturaleza y se había sentido impotente frente a ella. El mundo había estado poblado por fieras, mons-

truos y demonios⁸. Las leyendas referían que en algunos países lejanos había pigmeos y gigantes que luchaban contra serpientes y grifos, había seres humanos con cabeza de perro que ladraban, hombres sin cabeza y con un ojo en el vientre, hombres que pasaban tendidos en la arena y que se hacían sombra levantando un único pie de dimensiones gigantescas. El hombre medieval había tenido que recurrir a toda su fe y a todo su valor para enfrentar la naturaleza misteriosa y hostil. En duro trabajo había talado los bosques y había hecho cultivables los campos. En los productos de su imaginación, en las leyendas y los poemas, sus héroes habían triunfado sobre los fieros monstruos de la naturaleza. Sigfrido había dado muerte al dragón. El rey Arturo y sus nobles caballeros habían triunfado sobre unicornios y gigantes. La fe en la ayuda sobrenatural de Dios había permitido conjurar los malos espíritus y triunfar sobre las fuerzas demoníacas. Durante las Cruzadas los hombres europeos pudieron ampliar sus horizontes y robustecer su confianza en su capacidad de imponerse a los peligros de los mares y a las adversidades en tierras lejanas. Con el Renacimiento surgió una actitud racional ante la naturaleza. El hombre aprendió a observar y medir. Los cosmógrafos y cartógrafos sometieron la naturaleza a medidas humanas⁹.

El español de la época de los descubrimientos logró vencer el temor al espacio y a lo desconocido y, liberado espiritualmente, se lanzó a su conquista. Carlos V eligió como símbolo las columnas de Hércules con la inscripción "Plus ultra": "más allá". El capitán Bernardo de Vargas Machuca tuvo por divisa las palabras: "Con la espada y el compás, más y más y más y más".

La confianza en poder imponerse a la naturaleza, con la ayuda de Dios y gracias a las propias virtudes, capacitó a los españoles y portugueses a cruzar el Atlántico, a apoderarse de las Antillas, a adentrarse en Tierra Firme, a tomar posesión de la meseta de Anáhuac, a avanzar por la costa del Pacífico hacia el sur, a establecer su dominio sobre las regiones andinas y a avanzar hacia el interior del Brasil. Penetraron en la selva tropical, navegaron por ríos torrentosos y cruzaron áridas estepas y mortíferos desiertos.

⁸ Bühler, J., *Die Kultur des Mittelalters*, Leipzig, 2ª ed., 1934, pp. 55 y ss. y 68 y ss. Penrose, B., *Travel and Discovery in the Renaissance 1420-1620*, Nueva York, 1962, pp. 14 y ss.

⁹ Burekhardt, J., *La Cultura del Renacimiento en Italia*, Sección IV: El descubrimiento del hombre y del mundo.

En el curso de medio siglo, tras las más increíbles aventuras, los españoles y portugueses lograron imponer su voluntad a gran parte del inmenso espacio que se extendía desde México hasta el sur de Chile.

Los triunfos de los hispanos en América llenaron de confianza y orgullo a todos los europeos. Estos vieron confirmada su convicción de que el hombre era un ser racional y libre, llamado a establecer su reino sobre la naturaleza. Confiando en sus propios medios, el hombre podía colocar la naturaleza al servicio de los fines humanos.

La conquista de América fue expresión y resultado del poder expansivo de Europa y, a su vez, por un efecto retroactivo, contribuyó a vigorizar las fuerzas expansivas. Los éxitos obtenidos impulsaron a los europeos a emprender nuevos descubrimientos y nuevas conquistas. Las palabras de Vargas Machuca adquirirían para el desarrollo posterior de Europa profético significado: "Con la espada y el compás, más y más y más y más". Bajo el impacto de los éxitos de la conquista de América se acentuaría cada vez más lo que Spengler llamaría el carácter fáustico de la historia de Occidente.

El contacto con la realidad americana, al mismo tiempo de traducirse en nuevas experiencias psicológicas, tuvo hondas repercusiones en el ámbito intelectual.

Estas repercusiones se insertan, como era natural, en la evolución general de Europa y contribuyeron a robustecer, confirmar y agudizar líneas de desarrollo que se estaban abriendo paso en aquellos momentos ¹⁰.

¹⁰ La discusión en torno del verdadero carácter del Renacimiento sigue con toda intensidad. En oposición a la clásica tesis de Burckhardt según la cual el Renacimiento, conjuntamente con redescubrir la Antigüedad, habría dado origen al descubrimiento del mundo y del individuo y al nacimiento de las artes y ciencias modernas, muchos autores niegan al Renacimiento su carácter innovador e insisten en que en el campo de la ciencia y la tecnología no se produjo ningún cambio importante. J.R. Hale, en su obra *Europa del Renacimiento, 1480-1520*, Ed. Siglo XXI, México, 4ª ed., 1979, p. 367, afirma: "del mismo modo que no había 'ciencia' en el sentido de un método que investigara los fenómenos naturales que se pudieran transferir, aunque fuese bajo una forma diluida, a otras actividades, tampoco existía la idea de una 'tecnología' como algo que implicaba la posibilidad de aumentar la eficacia o el control progresivo de su medio". Y aún hay quienes niegan cualquier adelanto científico en el Renacimiento: "todos admiten el relativo estancamiento sufrido por las ciencias de la naturaleza durante el siglo XVI y primera mitad del XVII, y si bien no están todavía claras las interconexiones, por lo general se da por sentado que la cuestión tiene sus nexos con el humanismo", Klein, Roberto, *Les humanistes et la science*, Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance, vol. 23, 1961, cit. por Garin, Eugenio, *Los humanistas y la ciencia*,

El descubrimiento de América y las nuevas exigencias y necesidades planteadas por la navegación oceánica y el comercio intercontinental influyeron tanto en la técnica naval como en el arte náutico¹¹.

La carabela, barco ligero y rápido que tuvo importancia decisiva para los viajes de descubrimiento, fue perfeccionada dando origen al galeón portugués y a la fragata inglesa. La necesidad de construir barcos más grandes para largas travesías, equipados para el transporte de productos de mayor volumen, hizo nacer el galeón español del siglo XVI y el bajel francés del XVII. Como hubo que construir un mayor número de barcos y barcos más grandes, hubo que ampliar los astilleros y crear otros nuevos.

El reconocimiento de los mares y de las nuevas tierras se tradujo en un enorme progreso de la cartografía¹². La primera gran obra de la cartografía renacentista fue el mapamundi de Juan de la Cosa que se guarda en el Museo Naval de Madrid: es un primer mapa completo del mundo que representa los descubrimientos de Colón y el viaje de Vasco de Gama a la India.

El arte de la navegación hizo progresos decisivos. En 1509 apareció en Lisboa la obra de un autor anónimo, *Regimento do Estrolabio y do Quadrante*, primer manual de navegación que combinó las tablas de la declinación del sol con la observación astronómica, base y punto de partida para todos los manuales náuticos posteriores¹³.

Todas estas novedades, además de la importancia que tuvieron en sí, repercutieron en las estructuras económicas, sociales y políticas. Demandaron fuertes inversiones financieras, contribuyeron al desarrollo de las formas capitalistas, obligaron a crear escuelas para la formación de ingenieros y oficiales competentes e impulsaron al Estado a tener una participación cada vez mayor en el desarrollo de la sociedad. Al igual que el desarrollo tecnológico, también el desarrollo científico recibió considerables impulsos a raíz de las nuevas experiencias que se derivaron del contacto con América.

en *La revolución cultural del Renacimiento*, Ed. Crítica, Barcelona, 1981. Una exposición equilibrada que se eleva por encima de las posiciones polémicas se encuentra en la hermosa obra de Jean Delumeau, *La civilisation de la Renaissance*, Col. Les Grandes Civilisations, dirigée par Raymond Block, Arthaud, 1967.

¹¹ C. Singer, E. J. Holgmard, A.R. Hall y T. J. Williams, Editores, *A History of Technology*, Vol. III, Oxford 1957; Anderson, Roger C., *The Rigging of Ships (1600-1720)*, Londres 1927; Marquet, F., *Histoire Général de la Navigation*, Paris, 1931; La Roerie, G., *Navires et marins*, Paris, 1946.

¹² Brown, Lloyd, *The Story of Maps*, Boston, 1949.

¹³ Penrose, B., *ob cit.*, pp. 299 y ss.

Como es natural, la disciplina que más se benefició con los descubrimientos fue la geografía. La literatura geográfica portuguesa cuenta con obras tan notables como *Da Asia*, de Joao de Barros, y la *Historia del Descubrimiento y Conquista de la India por los Portugueses* de Fernao Lopes de Castanheda¹⁴. La literatura histórico-geográfica española es tan vasta y cuenta con tantas obras excelentes que es imposible enumerar todos los títulos importantes. Basta con recordar el *Diario* y las *Cartas* de Colón, las *Décadas* de Pedro Mártir, la *Historia General de las Indias* de Fernández de Oviedo, o la *Historia General* de Antonio de Herrera. Todas estas obras, además de informar en Europa sobre el Nuevo Mundo, hicieron aportes decisivos al avance de la geografía como disciplina científica. Como resultado de estos estudios, ya a partir de 1530 el estudioso europeo sabía que la Tierra era, efectivamente, redonda, que América estaba situada a mitad de camino entre Europa y Asia y que las islas de las especias podían ser alcanzadas bordeando Sudamérica y cruzando el Pacífico. Este enriquecimiento del conocimiento proporcionó las bases empíricas para el desarrollo de las nuevas teorías científicas sobre la Tierra y el Universo que culminarían en las grandes obras de Galileo, Kepler y Newton¹⁵.

Pero más allá de los aportes concretos a una disciplina científica determinada, las espectaculares experiencias que el europeo hizo en el contacto con América contribuyeron a una ampliación general del horizonte intelectual y a la afirmación de las tendencias que en aquel tiempo contribuían a que el hombre en Occidente asumiera una nueva actitud frente al mundo.

Quizás la revolución más importante que se preparó en aquellos días fue la sustitución del aristotelismo escolástico por las nuevas tendencias sostenidas por el humanismo y el pensamiento copernicano.

En vez de la antigua visión teológica de un universo jerarquizado surgieron una visión racional de la realidad y el afán de someter la vida a reglas racionales¹⁶.

¹⁴ Barros, Joao de, *Da Asia*, tres vols., Lisboa, 1552 y 1553; Lopes de Castanheda, Fernao, *Historia del Descubrimiento y Conquista de las Indias por los Portugueses*, ocho vols., Coimbra, 1551-1561.

¹⁵ Butterfield, H., *The origin of modern science*, Londres, 1949; Boas, M., *The scientific Renaissance 1450-1630*, Nueva York, 1962.

¹⁶ Butterfield, H., *op. cit.*; Crosland, M., *The emergence of science in western Europe*, Londres, 1975; Chaunu, P., *La civilisation de l'Europe classique*, Paris, 1966.

España sometió el comercio con América a reglas fijas. Todos los años, entre marzo y junio, partía de Cádiz la Armada de Nueva España y, entre junio y setiembre, seguía la Armada de Tierra Firme. Ambas Armadas se reunían al año siguiente en La Habana desde donde emprendían entre junio y octubre el viaje de regreso. Todo el ritmo de la vida económica en Portobelo, Nombre de Dios, La Habana, Sevilla, en América y en España entera, quedaba sometido a este calendario¹⁷.

En Europa se tomaron medidas para organizar un correo regular. Roma recibía correo de España una vez al mes, de Francia cada 10 días y de las principales ciudades de Italia cada semana.

Los cartógrafos sometieron los continentes y los mares a sus medidas.

En las iglesias y las torres de las ciudades se instalaron relojes. Peter Henlein, de Nuremberg, inventó el reloj de bolsillo. Por primera vez en la historia el hombre dispuso de un instrumento que le indicaba en cualquier momento la hora exacta. El hombre empezó a medir y administrar racionalmente el tiempo¹⁸.

Los pintores descubrieron la perspectiva, resultado del esfuerzo consciente por estructurar la visión del espacio¹⁹. Avanzaron la geometría y el álgebra. El Estado creó la burocracia administrativa, resultado del esfuerzo por racionalizar la organización del poder. Calvino sometió la idea religiosa en Ginebra a las Ordenanzas Eclesiásticas. El Concilio Tridentino reglamentó los contenidos del dogma. San Ignacio creó con los *Ejercicios* un modelo de meditación metódica. Los portugueses se valieron de principios racionales para establecer las Capitanías Generales en Brasil. Los españoles diseñaron sus ciudades en América de acuerdo con principios geométricos. Los jesuitas se inspiraron para la creación de las reducciones indígenas en Paraguay en un modelo racional de sociedad.

Ello no significa, ciertamente, que el mundo intelectual del siglo XVI se hubiese vuelto racionalista. Pero parece legítimo afirmar que las tendencias científicas se vigorizaron, que el hombre asumió actitudes más racionales frente al mundo y que hizo un poderoso esfuerzo

¹⁷ Chaunu, H. y P., *Seville et l'Atlantique (1504-1640)*, Paris, 1955-1960; Haring, C., *Trade and Navigation between Spain and Indies*, Cambridge, Mass., 1918.

¹⁸ Gurevitch, A. J., *El tiempo como problema de la historia cultural*, en *Las culturas y el tiempo*, UNESCO Hermeneia 16, Salamanca, 1979.

¹⁹ White, J., *The Birth and Rebirth of Pictorial Space*, Londres, 1957.

por ordenar racionalmente el espacio y el tiempo. En todo este proceso las nuevas experiencias que los hombres hicieron en América contribuyeron a que se consolidaran y robustecieran estas tendencias.

La integración de América a la historia universal se produjo bajo la influencia y concurrencia de determinadas fuerzas y tendencias, las cuales, a su vez, se vieron confirmadas y legitimadas por el éxito en las empresas americanas.

El desafío que significó el contacto con el Nuevo Mundo, además de impulsar al hombre europeo a aprehender la nueva realidad por medio del estudio científico, engendró interpretaciones míticas y utópicas, expresiones tanto del deseo de comprender el extraño mundo de América como del anhelo de definir profundas aspiraciones de la propia alma europea.

Una primera visión utópica y mítica del Nuevo Mundo tuvo su origen en la imagen paradisiaca que Colón trazó de las islas del Caribe. Colón describió las Antillas como un verdadero Jardín de Edén: las islas se caracterizaban por su fertilidad y abundancia; sus habitantes eran simples, inocentes y mansos y andaban desnudos sin estar por ello avergonzados. Durante su tercer viaje, Colón formuló la tesis de que el Paraíso Terrenal estaba situado en las tierras por él descubiertas, formando una "Tierra de Gracia". La imagen paradisiaca fue acogida por otros europeos como Pedro Mártir, quien, en sus *Décadas*, explicó que la gente en América era inocente y buena: allí la gente vivía sin "pestífero dinero" y justamente por eso vivía "en un mundo de oro"²⁰.

Esta imagen idílica correspondía a reacciones profundamente arraigadas en la sicología del hombre, quien siempre ha soñado con vivir en Arcadia y con volver al paraíso perdido. Estos anhelos se manifestaron con especial fuerza en los fines de la Edad Media y durante el Renacimiento, época en que las almas piadosas se espantaban con la corrupción espiritual y moral que estaba carcomiendo a la cristiandad europea y en que los humanistas, reaccionando contra la barbarie de la noche gótica, deseaban hacer renacer la pureza y simplicidad del Siglo de Oro. Frente a la vieja y corrompida Europa, América aparecía como una nueva Arcadia y un nuevo Edén.

Las visiones escatológicas y apocalípticas que adquirieron tanta fuerza en los fines de la Edad Media inspiraron al mismo Colón y,

²⁰ Góngora, M., *El Nuevo Mundo en algunas escatologías y utopías de los siglos XVI a XVIII*, en Góngora M., *Estudio de Historia de las Ideas y de Historia Social*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Santiago. 1980, pp. 13 y ss.

posteriormente, a los franciscanos que iniciaron la misión en México a interpretar el descubrimiento y la evangelización de América como un momento decisivo en la historia del mundo y de la Iglesia. Colón escribió en una carta que, al arribar a las Indias, había llegado "al nuevo cielo y tierra que decía Nuestro Señor por San Juan en el Apocalipsis"²¹. La evangelización de las Indias marcaba el paso decisivo y el acto final en la conversión del mundo y en la preparación del fin de los tiempos.

Para los misioneros franciscanos que se dirigieron a México, la evangelización de los indios ofrecía la oportunidad de crear una comunidad auténticamente cristiana y ello significaba restaurar la Iglesia apostólica de los primeros tiempos y, a la vez, preparar el reino del Espíritu Santo. "La tarea de convertir a los indios era una misión escatológica, ya que la predicación del Evangelio aceleraba la llegada del Reino de Dios. La cristiandad del Nuevo Mundo era pues... la renovación del comienzo y el anuncio del fin de la historia de la Iglesia"²².

El Nuevo Mundo apareció, pues, como el escenario en que se podrían hacer realidad los más nobles ideales y las más altas esperanzas que el europeo no había podido realizar en sus propias tierras.

Al declinar la fuerza de los ideales religiosos y al imponerse en el siglo XVIII los nuevos conceptos y valores de la Ilustración, el europeo comenzó a evaluar a América y a los americanos con nuevos criterios.

Surgió un considerable interés por la realidad y los misterios del Nuevo Mundo. Numerosos viajeros y hombres de ciencia exploraron las tierras americanas. Al mismo tiempo surgieron nuevos mitos y nuevas leyendas. En el año 1703 aparecieron dos volúmenes intitulados *Nuevos viajes del Barón de Lahontan*. El autor, un aventurero francés, expuso en este libro la filosofía de una forma de vida primitiva, contraponiendo en agudo contraste el degenerado europeo con el buen salvaje. El salvaje era fuerte, hermoso, espontáneo y sano, era naturalmente bueno y era feliz, porque había conservado sus costumbres originarias y su religión natural²³.

El libro encontró a ávidos lectores y ejerció una amplia influencia que se reflejó en las obras de Montesquieu, Rousseau, Swift y Defoe. El mito del buen salvaje fue la expresión de los anhelos del europeo civilizado de sacudir la pesada carga de una civilización erudita y artificial y de volver a una vida simple y espontánea. Rousseau exclamó:

²¹ *Ibid.*, p. 16

²² *Ibid.*, pp. 17 y ss.

²³ Hazard, P., *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, 1946, p. 354.

"Volvamos a la naturaleza". Los deístas proclamaron su fe en una religión natural y en una moral natural.

Nuevamente el europeo condensó sus añoranzas y aspiraciones en mitos y utopías y, proyectando sus visiones sobre América, transformó el Nuevo Mundo en un mundo de paz y armonía, de plenitud y felicidad. Frente a la vieja y gastada Europa, América, continente nuevo y fuerte, se presentaba como una fuente de la juventud en cuyas aguas incontaminadas el hombre se podía purificar y rejuvenecer para volver a una vida natural y auténticamente humana.

El impacto y la presencia de América en el ámbito intelectual pueden aparecer un tanto abstractos, siendo difícil medir su importancia en términos concretos. Distinta, en cambio, es la situación si pasamos al ámbito económico. Earl Hamilton y, después de él, numerosos otros historiadores han hecho estudios cuantitativos muy exactos sobre la importancia del Nuevo Mundo para el desarrollo económico²⁴.

El europeo conoció en América una gran variedad de plantas, frutas y árboles que, ya sea por su apariencia exótica, ya sea por su utilidad, suscitaron un enorme interés. Famoso se hizo el jardín de Fernando Colón en Sevilla. El Jardín Botánico de París registró como un hecho importante la plantación de la primera mata de papas. La papa, el zapallo, el tomate, el maíz, el melón, la piña y el plátano enriquecieron la cocina europea y adquirieron con el tiempo importancia económica fundamental. El azúcar significó una verdadera revolución para quienes hasta entonces habían usado como único edulcorante la miel. Su derivado, el ron, se convirtió en bebida favorita sobre todo en Inglaterra y los países nórdicos. La sociedad elegante del siglo XVIII eligió como bebida predilecta el chocolate. Toda dama que se respetaba como tal se hacía servir una tasa de chocolate en su *boudoir*. La madera de caoba adquirió importancia decisiva para la industria de muebles finos. Con razón se ha dicho que la explosión demográfica, la concentración urbana y la revolución industrial que marcaron la historia europea a partir de los fines del siglo XVIII no se habrían podido realizar sin la papa. Hasta entonces la gran masa de la población se había alimentado principalmente de pan, hecho de harina de trigo o centeno. Sin embargo, la producción cerealera habría sido insuficiente para alimentar a las masas humanas que empezaron a aglomerarse en los centros mineros e industriales. En un momento

²⁴ Hamilton, E., *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*, Revista de Occidente, Madrid, 1948.

en que se asomó el peligro de una verdadera catástrofe alimentaria, la papa se convirtió en alimento básico en Inglaterra, en Alemania y en los países de la Europa oriental. Pero quizás la planta americana que ha tenido el efecto revolucionario más profundo en las costumbres del Viejo Mundo ha sido el tabaco que primero fue usado para ser aspirado o masticado. En el siglo XVIII se generalizó la costumbre de fumar pipa. En la época de Napoleón se conoció en Europa el cigarro, hasta que, finalmente, después de la Primera Guerra Mundial, se generalizó el vicio del cigarrillo²⁵.

El efecto más inmediato del descubrimiento de América sobre el desarrollo económico del Viejo Mundo fue la llegada de grandes cantidades de metales preciosos.

La sociedad renacentista, sociedad elegante y ostentosa, recibió con regocijo el oro y la plata provenientes de América que le permitieron usar lujosas joyas y adornar sus mesas con hermosos cubiertos y finas fuentes de plata. Se emplearon los metales preciosos para elaborar hermosos cálices, relicarios y crucifijos. Con el primer oro que llegó de América se revistieron los cielos de las naves de Santa María Mayor en Roma. El oro proveniente de Ouro Prêto permitió a los reyes portugueses decorar palacios, iglesias y monasterios.

Pero más importante que el uso de los metales preciosos para fines decorativos, fue el efecto del tesoro de América sobre el desarrollo económico y la evolución histórica general²⁶.

El predominio de España bajo Carlos V y Felipe II tuvo por base económica la plata proveniente de Potosí y de las minas de México. Gracias a la plata americana los reyes pudieron financiar sus guerras y pagar sus tropas estacionadas en Flandes, en Alemania, en Borgoña, en Lombardía y en Sicilia y movilizar las fuerzas contrarreformistas con el fin de detener el avance de los movimientos protestantes y reconquistar a Europa para la Iglesia Católica.

La experiencia histórica demostró que España no estaba preparada para la llegada en masa de los metales preciosos. Dentro de poco se produjo en España una desastrosa inflación que arruinó a la industria

²⁵ *Cambridge Economic History*, tomo IV, *The Economy of Expanding Europe in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Ed. por E. E. Rich y C. H. Wilson, Cambridge, 1967.

²⁶ Quiring, H. *Die Geschichte des Goldes*, Stuttgart 1948; Soetbeer, A., *Edelmetallproduktion und Wertverhältnisse zwischen Gold und Silber seit der Entdeckung Amerikas*.

textil castellana y que, finalmente, sumió a toda la economía española en una profunda crisis.

En cambio, el tesoro americano benefició altamente al resto de Europa, especialmente a Inglaterra y Holanda, cuyas economías estaban mejor adaptadas para hacer frente a la nueva situación. Amberes primero y, luego, Amsterdam y Londres se convirtieron en los principales centros mercantiles y financieros de Europa y del mundo, sedes de las grandes bolsas de productos y valores, de poderosas instituciones bancarias, de prósperas sociedades anónimas y de las grandes compañías de comercio privilegiadas que extendieron el poder económico, militar y político de Inglaterra y Holanda sobre las Indias Orientales. El tesoro americano contribuyó en forma decisiva al desarrollo de las formas, prácticas e instituciones del capitalismo y a la acumulación de capitales que sería base y condición para la gran revolución industrial y tecnológica del siglo XVIII²⁷.

El tesoro americano incidió, a la vez, en la formación del Estado moderno. El oro y la plata del Nuevo Mundo proporcionaron a los Estados los medios para acuñar las monedas de que los gobiernos necesitaban para pagar a los funcionarios de la administración pública y a los soldados y oficiales del ejército permanente, y organizar así la burocracia y el ejército, los dos pilares fundamentales del Estado moderno.

El Nuevo Mundo, conjuntamente con ejercer profunda influencia sobre el desarrollo intelectual y económico europeo, significó también un tremendo desafío para la capacidad organizativa del europeo.

El viaje de Colón dio origen al encuentro y choque entre culturas distintas entre las cuales hasta entonces no había existido ningún contacto. El europeo tenía una larga experiencia en el trato con los pueblos del Cercano Oriente y del Norte de Africa, con los cristianos griegos, los musulmanes y los judíos. En cambio, América era para él un mundo nuevo y sus civilizaciones le eran desconocidas y le parecieron, en muchos aspectos, extrañas y exóticas.

¿Qué actitud había que asumir frente a esta situación?

En el curso de la historia de Occidente se habían formulado las más diversas doctrinas sobre las relaciones entre naciones, culturas y religiones diferentes. Aristóteles había señalado que era legítimo dominar y reducir a la esclavitud a los bárbaros incivilizados.

²⁷ Hamilton, Earl, *op. cit.*, pp. 3 y ss.; Brentano, L., *Die Anfänge des modernen Kapitalismus*, Munich, 1916; Hauser H., *Les débuts du capitalisme*, Paris, 1927.

Otros sostuvieron el derecho de conquista. Ciertas ideas de San Agustín habían servido de base para formular la doctrina de la guerra justa. En el curso de las Cruzadas y como reacción contra el Islam se había predicado la Guerra Santa. El Emperador, comprendido como soberano supremo y único, había reclamado para sí el derecho de establecer su dominio universal sobre todo el ecúmene. El Papado había proclamado su autoridad católica universal. La Iglesia, en cumplimiento del encargo de Cristo a los apóstoles de ir y enseñar a todas las gentes, lo había considerado su derecho y su misión de evangelizar el mundo.

Todas estas motivaciones, concepciones y justificaciones estuvieron presentes en el proceso del descubrimiento y de la conquista. Los españoles hicieron la guerra a los indígenas, tomaron esclavos, impusieron el trabajo forzoso, pactaron tratados y fomentaron la misión.

Hubo actos violentos y despiadada explotación. Abundaron las acciones injustas que dieron origen a la Leyenda Negra. Pero también hubo actos nobles y reacciones generosas. Hubo ejemplos de hidalguía y santidad que sirvieron de base a una idealización de la Conquista, interpretada como real empresa de caballería y santa misión evangélica.

Por encima de las posiciones extremas sostenidas polémicamente, conviene precisar el significado histórico general de las concepciones desarrolladas entonces por los juristas y teólogos españoles con el objeto de definir las normas en que se debía basar el poder de España en Indias.

En el curso del debate que siguió a la célebre prédica del padre dominicano Montesinos en Santo Domingo en el año 1511 surgieron dos opiniones opuestas: el Padre Las Casas sostuvo que había que respetar la libertad de los indios y emplear sólo medios pacíficos para su evangelización. Sepúlveda, el cronista Fernández de Oviedo y otros, en cambio, manifestaron que el indio era intrínsecamente corrompido y vicioso y que era incapaz de hacer uso de su razón, por lo que se justificaba su dominación violenta.

La Corona se colocó por encima de estas posiciones extremas y, al mismo tiempo de reclamar para sí derechos de soberanía sobre América y sus habitantes, reconoció explícitamente al indígena la condición de ser racional y libre y de sujeto de derecho.

En la práctica se tradujo ello en el esfuerzo de los españoles por imponer la fe cristiana y la cultura europea al indígena, pero respetando principios y formas de derecho como los que fueron formulados explícitamente en las Nuevas Leyes de 1542 y, en general, en las Leyes de Indias.

Los españoles no vieron en el indio un infiel a quien había que liquidar mediante la guerra santa ni vio en él un bárbaro irracional a quien había que reducir a la esclavitud. El desafío que significó el encuentro y choque con el Nuevo Mundo encontró, pues, una respuesta distinta a la que los europeos habían formulado a raíz de sus contactos con la civilización árabe del Cercano Oriente y con los negros de las costas africanas²⁸.

Seguramente el aporte más importante y novedoso que surgió en este contexto fue la concepción de Vitoria sobre el derecho de gentes. Vitoria actualizó la teoría del derecho natural y, comprendiendo a todos los seres humanos como seres racionales y libres y extendiendo estas mismas cualidades de los individuos a las sociedades, señaló que existen determinados derechos internacionales que son el *ius communicationis*, el *ius commercii*, el *ius peregrinationis* y el *ius hospitalitatis*. Por tanto, las relaciones entre los pueblos y Estados deben basarse en el derecho y no en la fuerza, en la paz y no en la guerra. Vitoria comprende, pues, la sociedad internacional, no como un simple hecho social, sino como una comunidad jurídica²⁹.

La concepción de Vitoria tiene un profundo significado y encierra amplias perspectivas. La sociedad medieval se había comprendido como República Cristiana, organizada jerárquicamente bajo las dos autoridades universales del Emperador y del Papa. Los pueblos que se hallaban fuera de la República Cristiana eran comprendidos como infieles o como seres irracionales. Vitoria, en cambio, se coloca en un plano superior. Para él, los límites del derecho internacional no coinciden con los de la cristiandad, sino con los de la humanidad. Todos los hombres son comprendidos como racionales y, por tanto, como sujetos de derecho. Todos los pueblos forman parte de un orden universal que se dirige por el derecho de gentes³⁰.

No es una casualidad que esta doctrina haya sido formulada sólo en el siglo XVI y que haya sido formulada por un español.

²⁸ Hanke, Lewis, *La lucha por la justicia en la Conquista de América*, Buenos Aires, 1949; Carro D., Venancio, *La teología y los teólogos juristas españoles en la Conquista de América*, 2 vols., Madrid, 1944 y 1951; Manzano, Juan, *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*, Madrid, 1948.

²⁹ García Gallo, Alfonso, *La posición de Francisco de Vitoria ante el problema indiano*, en *Revista del Instituto de Historia del Derecho*, Buenos Aires, 1950.

³⁰ De los Ríos, Fernando, *Religión y Estado en la España del siglo XVI*, F.C.E., México, 1957, pp. 94 y ss. y 109 y ss.; Góngora, Mario, *El Estado en el Derecho Indiano*, Santiago, 1951, pp. 91 y ss.

El encuentro con América y sus culturas diferentes constituyó una experiencia histórica nueva. Frente a esta realidad desconocida las nociones jurídicas y políticas se volvieron insuficientes y se hizo necesario desarrollar una nueva concepción para definir y organizar las relaciones internacionales. El mérito de Vitoria, de sus discípulos y de Suárez está en que desarrollaron una concepción nueva que concibió las relaciones entre los pueblos de distinta cultura en función, no de la violencia, de la guerra y del despojo, sino de la justicia, de la paz y de la cooperación.

Muchas de estas consideraciones podían aparecer en el momento como ilusiones y utopías y, en la práctica, el derecho de gentes fue mil veces pisoteado y vulnerado. Sin embargo, las nuevas ideas, una vez pensadas, ya no desaparecieron del repertorio intelectual de la humanidad civilizada y ellas ayudaron a los hombres a tomar decisiones inteligentes, sabias y justas.

Durante el período colonial, la historia de América se desarrolló dentro del marco de la historia de Europa y en directa dependencia de ésta. Con su emancipación política, las Repúblicas americanas asumieron la responsabilidad por su destino y tuvieron la oportunidad de determinar libremente su desarrollo.

En el ámbito político, el fenómeno históricamente más importante fue el hecho de que los pueblos americanos, a raíz de su emancipación, se constituyeran en repúblicas. Mientras que en Europa se mantuvo en el siglo XIX como modelo de organización política la monarquía, en el continente americano triunfó universalmente la república, expresión de un profundo anhelo de libertad y de renovación. Muchas de las nuevas repúblicas fueron organizaciones frágiles, sacudidas periódicamente por golpes de Estado, revoluciones, guerras civiles y acciones de caudillaje. Sin embargo, siempre se mantuvo como orden institucional el régimen republicano, expresión del profundo deseo de arraigar la existencia colectiva en la libertad y en los derechos personales. Y la imagen más poderosa y positiva que América, tanto la América anglosajona como la América latina, proyectó sobre el resto del mundo fue la imagen de un continente joven, de un mundo nuevo y libre. Ciertamente la inestabilidad de las repúblicas latinoamericanas hizo que muchos europeos hablaran con sorna y desprecio de las repúblicas de operetas de Centro y Sudamérica.

Pero la superioridad que siguió sintiendo el europeo no fue obstáculo para que millares y millones de europeos abandonaran sus países y se trasladaran al Nuevo Mundo. En su gran mayoría, los emigrantes actuaron impulsados por intereses económicos. Deseaban formarse una

nueva existencia, ganar fortuna, ascender socialmente, "hacerse la América". Sin embargo, este interés no debe ser interpretado en un sentido meramente material. El europeo que abandonaba el Viejo Mundo huía de su estrechez, de su rígida estratificación social, de la opresión política que se mantenía en las viejas monarquías. América ofrecía no sólo ilimitadas oportunidades económicas, sino también nuevas y amplias formas de libertad.

Hegel, quien en un momento dijo que América todavía permanecía sumida en la mera naturaleza, también calificó a América de "continente del porvenir".

En el siglo XIX América apareció ante muchos europeos, efectivamente, como continente del porvenir, de una mayor libertad y de una vida más plena.

El siglo XIX entendió la libertad ante todo en un sentido político y económico y la entendió en función de las aspiraciones individuales. Sin embargo, y quizás sin que los contemporáneos tomaran plena conciencia de este fenómeno, al mismo tiempo la libertad adquirió también un sentido social.

Como consecuencia de un largo proceso que se inició en el momento mismo en que los españoles y los portugueses pisaran tierra americana, se inició en América un proceso de fusión étnica que ha continuado hasta nuestros días.

Hasta la fecha subsisten en varios países sud y centroamericanos masas indígenas que no han podido ser integradas a la sociedad. Es cierto también que esta falta de integración tiene raíces étnicas. Sin embargo, hablando en términos generales se puede decir que en América las estratificaciones sociales tienen fundamentalmente causas económicas y culturales, pero no tienen raíces raciales. Si se piensa en los profundos problemas que la población negra ha significado para los Estados Unidos y en la trágica segregación racial que la política del *apartheid* establece en Sudáfrica, puede señalarse como un hecho importante y significativo que en América Latina se ha desarrollado un modelo de sociedad que ha logrado superar con éxito el problema grave y a veces trágico de la oposición entre grupos étnicos diferentes. Es difícil imaginarse mayores contrastes que los que originalmente han existido entre los europeos, los indios y los africanos en Brasil. Sin embargo, Brasil, el gran *melting pot*, ha logrado fusionar estos elementos distintos y ha logrado crear un nuevo tipo de sociedad de carácter ejemplar que puede ser considerado como modelo de solución para el gran problema de relacionar y fusionar grupos de diversa procedencia étnica y de variadas tradiciones culturales.

Esta América puede exhibir ante el mundo su sistema político internacional. La historia de Europa se ha desarrollado en gran parte bajo el signo de la guerra. La política interna de los Estados europeos se ha desarrollado en muchos aspectos en función de la política exterior. Basado en la experiencia europea, Bismarck insistía en "la primacía de la política externa".

En las repúblicas latinoamericanas, en cambio, ha predominado la política interna. En América latina la guerra ha sido un fenómeno relativamente secundario y circunstancial. Paraguay, por ciertas razones concretas, libró una guerra por su subsistencia. Entre otros Estados ha habido conflictos limítrofes. Pero nunca la guerra ha tenido el significado que ha tenido en la historia europea.

Entre las repúblicas latinoamericanas se han mantenido a través de los tiempos un sentimiento de solidaridad y la voluntad de colaboración. A partir de cierto momento el panamericanismo fue fomentado conscientemente por los Estados Unidos. Washington empleó la Unión Panamericana y su sucesora, la Organización de los Estados Americanos, como instrumento de su política.

Sin embargo, más allá de los intereses concretos y de las motivaciones políticas o económicas, parece legítimo afirmar que entre los Estados americanos ha predominado la disposición hacia la colaboración, hacia la convivencia pacífica y hacia la superación de eventuales conflictos por medio de la diplomacia. Como ejemplo concreto pueden citarse las relaciones entre Chile y Argentina. En más de una ocasión se estuvo al borde de la guerra, pero siempre se ha podido evitar el conflicto bélico y se ha llegado a un entendimiento y a la concertación de algún tratado que resolvía los problemas existentes por la vía del derecho internacional.

En América se desarrolló de esta manera un sistema de Estados basado no en la disputa por el predominio, sino en la solidaridad y en un conjunto de acuerdos e instituciones que, al mismo tiempo de respetar y garantizar la independencia y soberanía de cada Estado, tiene por objeto la mantención de la paz colectiva.

El sistema de los Estados americanos es el primero de su género que ha surgido en la historia universal y puede ser apreciado como un aporte al desarrollo internacional.

El sistema de los Estados americanos inspiró al Presidente Woodrow Wilson para proponer al mundo la creación de una Liga de las Naciones con el fin de poner término por siempre a la guerra y crear un orden de paz universal. La Liga de las Naciones fracasó. Su suce-

sora, las Naciones Unidas, posee graves fallas y ha demostrado a menudo su ineficiencia, así como también la Organización de los Estados Americanos tiene graves limitaciones. Sin embargo, en el mundo de hoy no se concibe una solución mejor. Los Estados deben aprender a vivir en paz. América ha demostrado que es posible superar los conflictos internacionales por medio de soluciones racionales. En ese sentido, el sistema de los Estados americanos posee un inmenso significado histórico. Es un modelo que puede tener valor ejemplar.

Si se quiere precisar el significado de América latina en la historia universal, se pueden distinguir tres etapas:

En una primera etapa, el mundo americano, aislado de los demás continentes, estuvo entregado a sí mismo.

En una segunda etapa, América quedó ligada a Europa y fue incorporada a Occidente. Su presencia en la historia universal se realizó a través de Occidente. La unión del Nuevo Mundo con Europa hizo que el escenario geográfico, económico, político y cultural de Occidente se ampliara y se enriqueciera.

Las tendencias que estaban configurando el ser de Occidente se robustecieron e hicieron que éste asumiera la dirección del mundo.

En una tercera etapa, América latina conquistó su libertad política. Su desarrollo siguió determinado fundamentalmente por los modelos europeos. Sin embargo, América latina empezó a definir algunos rasgos individuales que le confirieron una fisonomía propia en la historia universal. Se presentó ante el mundo como el continente de la libertad y del porvenir, un mundo de infinitas posibilidades y potencialidades, un mundo capaz de proporcionar al hombre los medios para experimentar nuevas formas de libertad. En los países de América latina se produjeron formas de transculturación y de integración social que hicieron aparecer a la sociedad latinoamericana como un modelo de sociedad abierta, capaz de fusionar grupos de distinto origen étnico y de diferente tradición cultural. El sistema de los Estados latinoamericanos surgió como modelo de un orden internacional capaz de reconciliar la soberanía de cada país integrante con la solidaridad y la cooperación del conjunto.

Hoy en día América latina ha entrado en una nueva y cuarta etapa, en la cual los países latinoamericanos están luchando por definir su propia identidad y conquistar su propio ser.

América latina está agobiada por serios problemas. Amplios sectores de sus sociedades se encuentran marginados de los procesos económicos y culturales y se están proletarizando cada vez más. El ace-

lerado avance de la ciencia y la técnica hace que la distancia que separa a los pueblos latinoamericanos de las sociedades industriales y postindustriales esté creciendo cada vez más.

Sin embargo, al mismo tiempo se está acentuando la voluntad de afirmar el propio ser y de crear formas de expresión propias.

Años atrás, Waldo Frank, en su *Primer Mensaje a la América Hispana*, decía a los latinoamericanos: "No tenéis Dios hasta ahora. Si encontráis a vuestro Dios, él ha de estar dentro de vuestro suelo y de vosotros mismos".

¿Está encontrando América Latina a su dios?

Jaime Eyzaguirre, en su conmovedor ensayo *Hispanoamérica del Dolor*, preguntaba con angustia por el ser de América: "América bárbara y cristiana. América la de los viejos adoradores del sol y de las culturas del oro y de la lana. América, la de la sangre noble de Castilla, de los firmes señores de la espada y de los siervos de la cruz. América una y doble, paradójica y armoniosa, tierra de batalla perpetua de perderse y recobrase, de vivir eternamente muriendo. Esta es la América de la angustia, del agonizar sin límite, la América nuestra, india y española, que busca sin descanso su definición en lucha consigo y los demás".

Jaime Eyzaguirre escribió estas palabras hace casi medio siglo. Y muchas de sus palabras siguen teniendo patética vigencia. América sigue siendo mundo de la angustia, del agonizar sin límite, del vivir eternamente muriendo.

Pero esta América latina, en este último siglo, ha demostrado también que tiene una tremenda vitalidad y que está dispuesta a encontrar a su dios y a luchar para encontrarlo dentro de su suelo y dentro de sí misma.

Estos esfuerzos por definir su propia identidad han encontrado sus primeras expresiones en los cantos de sus poetas y en los poemas de sus escritores. Las voces de Neruda o de García Márquez son voces que en esta forma jamás se habían escuchado en la historia universal. Son voces nuevas, voces originales, expresión de un peculiar modo de sentir la realidad y de una peculiar apreciación de la existencia humana. Son voces como las de Neruda quien, en "El Esplendor de la Tierra", nos dice:

"Yo canto lo que palpita subterráneo o dormido en nuestra América, el despertar de los pueblos, y canto y creo en ello. ¿Quién puede detenerlo? ¿Quién puede detener mi mano? ¿Y quién puede detener tu mano?"

Es la hora del canto, la hora de una mayor profundidad y de una mayor extensión. Es... una hora sin máscaras.

... Una hora como un rostro hecho de todos los rostros y que nos mira para que nosotros le demos la voz que necesita".